

***Claim Your Place I+P*** de Nuria Legarda, bailarina y performer que había destacado con espectáculos exquisitos como *Écumes* (NEO, 2006) y *La cena* (Sala Beckett, 2008). Su propuesta ha tenido una especial proyección en Bilbao, ya que ha podido estrenar en dos diferentes espacios las tres partes de las que se compone. La primera, en el espacio BilbaoArte, adopta la forma de una exposición de cuatro grandes fotografías que parecen pinturas o collages que congelan imágenes texturadas que nos hablan de las violencias derivadas de la guerra. La segunda parte, en el espacio BilbaoRock, es una instalación que consiste en un laberinto dibujado con diversos tipos de telas colgadas que sugieren una hilera de reses desolladas. Sobre estas superficies irregulares y retorcidas se proyectan unos videos que evocan diferentes formas de violencia muy estilizada, manos que aprietan, fragmentos de cuerpos magullados, caderas que se escurren. Son imágenes que no enseñan nunca ni el golpe ni los chirlos, ni la sangre y que inciden en el aspecto estético más que en el visceral, como en las películas de Hannecke. Es la parte dedicada a la víctima de la agresión, bélica o de sexo, que degrada tanto al golpeado como al agresor. En la tercera parte, la performace, en un espacio contiguo al laberinto de la video instalación, Nuria Legarda interpreta en directo al verdugo, enfundado en poderosas botas militares que incorporan unos micrófonos en la base que permiten amplificar hasta el paroxismo el brutal repicar del taconeo que la actriz formula. Al fondo se proyecta un bosque nevado, imagen del invierno de Europa que simboliza el aspecto más lúgubre del siglo XX: la actividad bélica. La sombra de la actriz transita por los árboles proyectados y patea la tierra en una cabalgata de acoso y persecución implacable que transforma el bosque helado en ceniza y opacidad. Cuando se desnuda, el verdugo se fragiliza y las proyecciones reproducen las marcas de los golpes y las heridas sobre el cuerpo de la actriz. El bosque se llena de sangre porque el agresor sufre la degradación humana que provoca su propia violencia y queda marcado por dentro como la víctima. Y es que el concepto de “enemigo”, no es más que la proyección de los miedos ancestrales de uno mismo. Por eso la intérprete, al final de la performance, invita al público a dibujar a su propio “enemigo” sobre un lienzo desplegado en el suelo y arrugado como los de la instalación.

**por Francesc Massip**